

*
* *

»Ven, ven amado mío. ¿No conoces que acompaña a nuestros transportes extraña alegría? A nuestro alrededor la naturaleza se transforma en lira y canta nuestros amores. ¡Ven, amémonos! ¡Vagaremos por el césped! No pienses más en el cielo, que estoy celosa.»

*
* *

De este modo me habló mi amada en voz baja, posando la frente sobre su blanca mano, mirándome extasiada; con voz grave y tranquila, encantada, contemplándome, eso me dijo quedamente mi amada.

*
* *

Latían nuestros corazones, el éxtasis me ahogaba; las flores nocturnas entreabrían sus corolas... ¿Qué hicisteis, árboles, de nuestras frases de amor?

LIBRO TERCERO

LUCHAS Y SUEÑOS

I

VERSOS ESCRITOS EN UN EJEMPLAR DE LA
«DIVINA COMEDIA»

Una tarde vi pasar por el camino a un hombre cubierto con un gran manto como un cónsul romano, que me pareció negro, bajo la claridad del cielo. Ese

¿Qué hicisteis, rocas, de nuestros suspiros y de nuestros besos? ¡Triste es nuestro destino, en el que el día feliz dura tan poco como los otros días!

*
* *

¡Oh, dulces memorias! ¡Sombrío horizonte del pasado! ¡Irradiación de glorias eclipsadas! ¡Cómo colocados en el umbral, pero fuera del templo, pensativos, os contemplan los ojos del espíritu!

*
* *

Cuando los días felices dejan su sitio a los días amargos, es indispensable rechazar su recuerdo. Cuando la esperanza ha vaciado ya su copa, debemos dejarla caer en el fondo del mar. El olvido, el olvido, es la onda en la que todo se ahoga; en el mar sombrío, en el que el hombre arroja su alegría.

Montf, septiembre de 18... Bruselas, enero de 18...

león que vagaba por los desiertos hablando de noche con voz rugiente; ahora soy hombre y me llamo el Dante.»
Julio de 1843.

II

MELANCOLÍA

Observad. Una mujer pálida, flaca, descarnada, que lleva en brazos un niño, se lamenta en medio de la calle. La multitud se agolpa en su derredor para verla y para oirla. Acusa a alguno; a otra mujer, a su marido. Sus niños tienen hambre y la desdichada es una miserable que ni siquiera puede darles un pedazo de pan. Es su lecho un montón de paja. Su marido está en la taberna mientras ella trabaja; cuando acaba su faena, llora y se marcha. Pensadores, cuando ese espectro atraviesa por entre el compacto grupo que se agolpa para escrutar el fondo de un corazón desgarrado, ¿qué es lo que oís?...

—Risas insensatas.

*
* *

Esa joven de rostro atrayente quizá creyó un día tener derecho a estar alegre, a gozar del amor y de la dicha; ¡pero se encontró desde edad muy temprana sin padres, sola en el mundo! No desconfió; armada de valor, tomó la aguja, y trabajando día y noche en su bohordilla ganaba para comer mal, para tener un abrigo y para cubrir apenas su desnudez; pero llegó el invierno con sus fríos, en el que se sufre mucho en

un sobrado mal cerrado, en el que los días son cortos y es necesario tener luz encendida muchas horas; el aceite está caro y la leña también. Víctima del invierno, no tarda, impulsada por el hambre, en descolgar el viejo pañolón, tomar el reloj, vender los muebles y alguna sortija de oro; todo lo vende. La joven trabaja y lucha aún; es honrada; pero en sus largas vigilias el demonio de la miseria le susurra al oído. ¿Qué será de ella? Llega un día de aflicción en el que la pobre se ve obligada a vender llorando la cruz honorífica de su padre; tose, tiene frío... ¿Ha de morir? ¡Dios mío, ha de morir a los diez y siete años! ¿Qué hará para vivir?... La miseria la impulsa una mañana a dirigirse recta hacia el abismo; y hoy, lo que sube hasta su frente no es ya el pudor, es la ignominia. Desde entonces en lo sucesivo la vida será para ella un manantial de dolores y de lágrimas. Los inocentes niños la persiguen por las calles, burlándose y escarneciendo a la desdichada. ¡Arrastra por el fango vestidos de seda, canta y ríe, infeliz! Y la sociedad, que no impide que un hombre se degrade y que una mujer se deshonorre, la rechaza, cuando se le acerca, diciéndole:—«¡Ah! ¿eres tú? ¡vete, infame!»

*
* *

Un hombre se ha hecho una fortuna, robando al público, vendiendo sus mercancías faltas de peso, y la ley le nombra jurado. En lo más riguroso del invierno, un pobre roba un pan para dar sustento a su familia. Pasead vuestra mirada por esa sala en la que hormiguea el público; en ella el rico va a juzgar al

pobre. Fijaos bien; ese juez, ese mercader, enojado porque le hacen perder una hora, mira distraídamente al hombre que llora; le envía a presidio y él se marcha a su casa de campo. El público, sin distinción, sale de allí diciendo:—«¡Es justa esa sentencia!» Únicamente queda en el local que ocupó el tribunal un Cristo pensativo y pálido, que levanta los brazos hacia el cielo por encima del estrado.

*
* *

Aparece un hombre de genio; es bondadoso, fuerte, magnánimo, útil para la humanidad. Como el alba apareciendo por encima del Océano, dora con los rayos de su saber las frentes de las muchedumbres, derrama brillante claridad; aporta una idea al siglo que le aguarda; cumple su misión; trata de engrandecer los espíritus, de amenguar las miserias, desea el progreso, y es dichoso si consigue que se piense algo más y que se sufra algo menos. ¿Suponéis que le van a coronar? ¡Pues le silban! Escribas, sabios, retóricos, salones y populacho, todos le silban a un mismo tiempo, produciendo siniestra algarabía. Si es orador o ministro, le silban; si es un poeta, todos exclaman al unísono:—«¡Es absurdo, falso, monstruoso, causa indignación!» El poeta, no obstante, mientras babea sus laureles, de pie, cruzado de brazos, alta la frente y la mirada serena, contempla sereno lo bello y el ideal, y piensa; y de vez en cuando sacude una antorcha que a sus pies y en las tinieblas, deslumbrando al odio, alumbrando de pronto el fondo del alma humana. Cuando es ministro, gasta sus noches y sus días en continuos trabajos; cuando es ora-

dor, amontona esfuerzos y discursos, avanza y lucha; pero la injuria le persigue a cada paso que da, se transforma y en vano trata de librarse de ella; ni un enemigo público, ni un monstruo fabuloso, sería tan encarnizadamente acosado y tan aborrecido como él. Para sus contemporáneos y para las generaciones por venir va sembrando la gloria y recoge la afrenta. El progreso es el objeto que persigue; el bien le sirve de brújula, y piloto, se aísla en el puente del navío; los marinos, para sobreponerse a los vientos y las corrientes, ponen sucesivamente la proa hacia distintos puntos, y para arribar mejor al puerto se desvían de él aparentemente. Lo mismo hace él, y oye escarnios e imprecaciones; la ignorancia, que todo lo sabe, lo censura todo; si se dirige hacia el Norte, comete un error; si se dirige hacia el Sur, está equivocado; si se encuentra con la tempestad, ¡cuánto se alegran! Bajo tan agobiador peso al fin dobla la cabeza; van pasando los años, y víctima de una enfermedad arraigada y lenta, muere. Entonces la envidia, ese vigilante demonio, se le aproxima, le reconoce, le cierra los ojos, se cuida de cruzarle las manos en el ataúd, se inclina, escucha para asegurarse de si verdaderamente está muerto, y enjugándose los ojos humedecidos, exclama:—«¡Era un gran hombre!»

*
* *

¿Dónde van todos esos niños con el semblante tan triste? ¿Dónde van esos niños flacos, que la fiebre devora? ¿Dónde van solas esas niñas de ocho años? Van a trabajar quince horas diarias, desde el alba hasta el ocaso, a hacer continuamente en la misma prisión

el mismo movimiento, encorvados bajo los engranajes de una máquina sombría; son inocentes condenados a un presidio, son ángeles arrojados a un infierno. Van a trabajar donde todo es hierro y cobre, donde jamás hay un descanso, donde nunca juegan; ¡por eso están tan pálidos! ¡por eso están tan rendidos! Como no comprenden su destino, parece que digan a Dios: «¡Padre nuestro, a pesar de ser tan pequeños, ved cómo nos tratan los hombres!» La servidumbre infame que se impone a la infancia conduce al raquitismo, cuyo letal soplo deshace lo que Dios hizo y mata la belleza en el rostro y el pensamiento en el corazón, y es capaz de convertir a Apolo en jorobado y a Voltaire en idiota! Trabajo perverso que aprisiona entre sus garras a la edad tierna, que produce la riqueza creando la miseria, que emplea al niño como a una herramienta; progreso al que debe preguntarse:—«¿Dónde va? ¿Qué quiere?» ¡Progreso que agosta la juventud en flor, que al dotar a la máquina de alma, se la arrebatada al hombre! ¡Maldito sea ese trabajo, que detestan las madres, como el vicio que degrada! ¡Maldito sea, como la ignominia y como la blasfemia! ¡Maldito en nombre mismo del trabajo, del verdadero trabajo, sagrado, generoso y fecundo, que emancipa al pueblo esclavo y que da al hombre la felicidad!

*
* *

La pesada carreta va cargada con un enorme peñasco; el macho de varas, sudando desde el bocado hasta la grüpera, tira; el carrero le da latigazos y penosamente el pobre animal se desliza por el empedrado, bañando en sangre el pretal. Tira, se arrastra, tira más y se detiene; el carrero no cesa de darle una lluvia de latigazos en la cabeza; es lunes, y ayer se embriagó con vino ruin en la tarbena. ¡Ley terrible es la que entrega un ser a otro ser y el animal pacífico al hombre borracho! El macho de varas, espantado, no puede dar ni un solo paso; ve que se le cierran los ojos, y no sabe, agobiado por el bloque que soporta y azotado por el látigo, qué pretende de él la piedra, ni qué pretende el hombre, y el carrero lanza sin cesar sobre él una lluvia de golpes, que extenua al pobre animal, que no descansa ni los domingos. Si el cordel se rompe, le pega con el mango del látigo, le propina puntapiés, y temblando el caballo, estropeado y herido, inclina tristemente el cuello y la cabeza atontada; los golpes que recibe de la ferrada bota del carrero suenan en el vientre desnudo de aquel pobre ser mudo; resuella con estertores, se remueve, pero no puede andar porque está extenuado. Sigue sufriendo golpes tremendos; en su agonía intenta el último esfuerzo; quiere levantarse y cae, y mientras que su verdugo se encarniza más y más, él, con las pupilas empañadas, mira a *alguien*, al tiempo que poco a poco se extingue la luz de sus ojos llenos de los estupores sombríos del infinito, en los que brilla confusamente el alma horrible de las cosas.

*
* *

Es un abogado que defiende todas las causas y que se mofa de los hombres justos que quieren saber si lo blanco no tiene razón antes de decir que es negro; tranquilamente esconde en su

conciencia cuanto halla en su camino, o el saco de dinero *Por*, o el saco de dinero *Contra*; el saco pesa para él según la cuantía del pleito. Emboscado con la pluma en la mano en un periódico religioso, asesinaría como un bandido ese escritor, que vive de la difamación. La multitud odia a este hombre y proscribe a aquella mujer, maldiciéndolos. ¿Qué crimen han cometido? El crimen de haber amado. La opinión fiera colma de injurias al oprimido y se humilla a los pies del poderoso. Del inventor moribundo engorda el parásito. El mundo charla, jura, afirma y miente. El poderoso brilla y se burla del destino: de él, cuando camina, va dejando tras de sí el estiércol que engendra a sus aduladores. ¡Rincones repugnantes de la calle, en los que el traperero silencioso va recogiendo los andrajos, vuestros montones de basura son menos repulsivos que los reales! ¿De quién debemos fiarnos más, del viento o del corazón humano? Del viento, porque el hombre que es incrédulo y finge creerlo todo, que tiene la vista clara, el rostro bello y el alma negra, será mañana vuestro señor.

*
**

Anciano, que desmenuzas piedras para afirmar los caminos, tu viejo sombrero está destrozado y por él te entra el aire y la lluvia; el calor es tu opresor y el frío es tu verdugo; tu cuerpo, aterido bajo el grosero saco; tu cabaña, que está al nivel del foso de la carretera, ofrece su techo de paja a la cabra que está paciando; ganas durante el día justamente lo necesario para comer pan moreno por la mañana y para ayu-

nar por la noche, y eres un fantasma sospechoso, que hace retroceder al que se encuentra contigo a la hora del crepúsculo; eres pobre hasta el punto de alarmar a los que pasan cerca de ti; hermano sombrío y pensativo de los árboles, como ellos dejan caer sus hojas, tú dejas caer tus años. Tiempos atrás, cuando estabas en la fuerza de tu edad, cuando viste que la Europa implacable avanzaba amenazadora contra París, y numerosos ejércitos se dirigían hacia Francia, y el ruso y el huno se lanzaban sobre esta tierra bendita, y el Norte volvía a vomitar a Atila, te sublevaste con tu cayado en la mano, y fuiste ante los reyes que se sostenían en el campo uno de los más valientes campesinos de la Gran Champagne. Pues bien; mira ahora cómo avanza hacia ti una ligera calesa, cuyas ruedas producen gran ruido entre el torbellino de polvo que levantan y que te ciega al pasar por tu lado: dentro de esa calesa va durmiendo un hombre. ¡Anciano, quítate el sombrero y saludale! Ese viajero se enriquecía mientras tú estabas derramando la sangre por la patria; pagaba a la baja cuando se juzgaba inevitable y profunda la caída de la nación; se necesitaba un buitres que devorase nuestros muertos, y él fué ese buitre; trabajador rudo y siempre alerta hizo que para él sudasen nuestras desgracias castillos y rentas: Moscovia le abrió en la obscuridad; el viento sacude y arrastra en sus fríos torbellinos los corazones heridos y los cuerpos despedazados. ¿Quién rechina los dientes? El hombre. ¿Quién llora? La madre. ¿Quién solloza? La doncella de dulces ojos. ¿Quién dice tengo frío? La abuela. ¿Quién dice tengo hambre? Todos. En el fondo de todo esto existe el horror y en la superficie la alegría. Oculando el hambre, se ven las luces del alegre festín, y encubriendo el montón

es un millonario; él es el hombre honrado. ¡Vamos, levántate y saludale quitándole el sombrero!

*
**

En todas las calles, en todas las encrucijadas, hay encuentros y luchas; las multitudes corren y se persiguen por toda la ciudad. Aquí y allá se esparcen la noche, el duelo y el dolor, en el campo triste en el que con frecuencia germinan las espigas que atemorizan a los que las sembraron. Se amotina el pueblo Océano arrojando la espuma del ropalacho; en él se ven todos los caos y todas las sublimidades; en él la miseria produce todos sus partos tremendos y se presenta salvaje con todos sus deseos, sus padecimientos, sus odios, sus apetitos y sus bajezas. Aparecen todas las desgracias encerradas dentro de la desgracia común; el flujo negro de la miseria y el reflujo de la ignorancia suben como marea alta, y entre los escombros extienden la negra red de los pesares sombríos. La necesidad produce el mal, que le tienta y le sigue; el hombre busca al hombre a través de las nieblas de aquella noche fatal; los niños desnudos levantan al cielo las manos suplicantes; el antro del crimen se abre en la obscuridad; el viento sacude y arrastra en sus fríos torbellinos los corazones heridos y los cuerpos despedazados. ¿Quién rechina los dientes? El hombre. ¿Quién llora? La madre. ¿Quién solloza? La doncella de dulces ojos. ¿Quién dice tengo frío? La abuela. ¿Quién dice tengo hambre? Todos. En el fondo de todo esto existe el horror y en la superficie la alegría. Oculando el hambre, se ven las luces del alegre festín, y encubriendo el montón

de ayes y de desgracias, se oyen los cantos y las risas a que se entregan los hombres felices, cuya vida sin fin y sin objeto se desliza entre placeres, tratando de olvidar los que creen que es un sueño de su imaginación, esto es, que tienen el infierno debajo de sus pies y el cielo encima de sus cabezas; el que desdeña ver a Lázaro, borra la imagen de Jesús. Jamás se dignan mirar al que sufre, y en sus orgías sólo admiten el aire perfumado, la voluptuosidad, el orgullo, la embriaguez y a los lacayos, esos espectros galoneados de los despedados de la fortuna. Saborean con deleite el deslumbramiento fatal que les causan las hermosas, los amores apareados, los ojos celestes y los ojos negros, los walses, que como rápidas visiones se reflejan en los espejos. Pasan la noche en continuo delirio, que huye en alas de las horas con vuelo rápido, y mientras que los pobres gimen o tiemblan pasando en la obscuridad noches inacabables, mientras que tiritan de frío en las bohardillas, todos esos hombres pasan alegres la vida bebiendo, riendo y cantando, y de vez en cuando se ven aparecer encima de ellos dos postes que sostienen un horrible triángulo, que se levanta en el empedrado de las ciudades.—¡Oh soledad envidiable de los bosques!...

París, julio de 1838.

III

SATURNO

I

Hay días brumosos y llenos de sombría claridad, en los que el hombre, aturdido por los misterios de la vida,

estudiando las plantas, las estrellas o las olas, se apoya de codos en los bordes vacilantes de ese problema sin fondo.

*
* *

Hay días en los que el soñador, como los augures de los antiguos tiempos, buscando a Dios qué en otras épocas algunos veían con sorpresa, medita, mirando con obstinación las figuras que dan sombra al espíritu.

*
* *

Hay días en los que, al despertar, se ven, despidiendo sombríos reflejos, los espectros del exterior vagar por el techo; el soñador escruta el destino, y contempla las sombras que produce nuestra fantasía sobre todos los objetos.

*
* *

Hay horas en las que, a pesar de que se vean desde la ventana un monte, un bosque, el atardecer o el alba que nace, vemos en nosotros mismos de pronto, sobre el amor, sobre los bienes efímeros de la tierra y sobre el hombre, brillar aterradoras claridades, que producen deslumbramientos a los ojos del espíritu; de tal manera, que en cuanto estas visiones se deslizan en nuestras pupilas en este valle de lágrimas, ya no las abandonan y llenan para siempre la arcada sombría de las cejas.

II

Ya que hablo de esas horas de duda, en las que unos hallan la tranquilidad y otros el remordimiento, no quiero ocultar al pueblo que me escucha, que pienso muchas veces en lo que pueden hacer los muertos;

*
* *

Y que he llegado a creer que, al morir, proseguirá el alma su camino, acordándose de que fué humana, volando para siempre hacia la celeste bóveda para franquear los umbrales del infinito y llegar a la eternidad,

*
* *

Y que los muertos, contemplando nuestros arrobamientos y oyendo nuestras oraciones, aumentándose para ellos todos los días, serán como el laborioso insecto de vuelo brillante, que posándose sobre las flores cargadas de rocío parece un alma visible en el mundo real, que revelándolas a todas algunas misterio en voz baja, les deja el perfume y les quita la miel;

*
* *

Y que de esta manera, saliendo otra vez vivos del sepulcro, iremos todos un día al espacio sin confines, a leer la obra infinita y el poema eterno, verso a verso, sol a sol, y a contemplar extasiados todo el sistema en sus fecundas formas

toda la creación en su variedad; y Dios comparando cada faz de los mundos, con el alma universal confrontar su belleza; y que todos realizaremos este viaje de almas con tal que hayamos sufrido, con tal que hayamos llorado; todos, menos los espíritus viles de los perversos. A estos, Saturno, en un globo espantoso, los encerrará durante el tiempo que Dios quiera castigarlos.

IV

¡Sería realmente un sublime misterio que ese cielo tan profundo, tan radiante y tan magnífico, que llamea a nuestra vista, abierto ante nosotros como un abismo, no fuese más que el interior de una tumba!

*

* *

III

¡Saturno! ¡Esfera enorme! ¡Astro de aspecto sombrío! ¡Cárcel del cielo, mundo lleno de bruma y de tinieblas, infierno que forman el invierno y la noche!

*
* *

Su atmósfera flota en rúmbres zónas; dos anillos llameantes, dando rápidas vueltas, forman en su cielo cobrizo dos arcos monstruosos que causan eterno y profundo horror.

*
* *

Como una araña en el centro de su tela, tiene siete lunas de oro sujetas a sus ejes; para él el sol, que no es más que una estrella, se pierde en el fondo de los cielos.

*
* *

Los otros mundos, entreviendo en la obscuridad ese horrible globo, tiemblan y se espantan, y le han poblado de innumerables fantasmas, viéndole vagar formidablemente a su alrededor.

¡Sería un gran misterio que todo se revelase a los que nada sabemos; que después de morir, se nos reservaran esos grandes destinos! Pero lo que entonces ha de suceder, vos sólo lo sabéis, Señor.

V

Es cierto, Señor, que en los primeros tiempos los patriarcas conmovidos y los santos que poblaban la Tebaida sintieron mis propios desvarios.

*
* *

Es cierto que el profeta en su angustiosa soledad veía con las pupilas llenas de extrañas claridades, a través de las hendiduras de la realidad, abrirse el mundo obscuro de las pálidas visiones.

*
* *

Y al aparecer la noche, esos sabios, que el mundo nunca pudo comprender, confundían silenciosos con el triste crepúsculo la perturbación de su sombrío espíritu.

*
**

Mientras que el agua brotaba de los manantiales cristalinos, mientras los soberbios leones, apareciendo de vez en cuando en las cimas de las colinas, lanzaban en el desierto prolongados rugidos.

Abril de 1830.

IV

VERSOS ESCRITOS AL PIE DE UN CRUCIFIJO

Vosotros los que lloráis, acudid a Dios, porque Dios llora: vosotros los que sufrís, acudid a El, porque en El está el remedio: vosotros los que tembláis, acudid a El, porque El sonríe: vosotros los que pasáis, acudid a El, porque El no pasa, es eterno.

Marzo de 1842.

V

«QUIA PULVIS ES»

Estos se marchan, aquéllos se quedan. Cuando soplan con furia los aquilones, el polvo y el género humano todo desaparece. El mismo viento sopla en la tierra que nos sustenta, sobre los seres humanos y sobre las hojas de los bosques.

*
**

Los que se quedan dicen a los que se van:—«Desgraciados! Os abandonaré ya el hálito vital; no oiréis ya ni la

palabra ni el ruido; jamás veréis los árboles ni el cielo; vais a dormir en sepulcro de mármol, vais a caer en la profunda noche.»

*
**

Los que se van dicen a los que se quedan:—«No poseéis nada propio y vivís en un valle de lágrimas; para vosotros la gloria y la felicidad son palabras mentirosas. Dios concede a los que mueren los bienes reales y el verdadero reino; no sois más que fantasmas; nosotros somos los verdaderos vivos.»

Febrero de 1843.

VI

EL MANANTIAL

Cerca de un manantial tenía su guarida un león, y en él iba a beber también un águila. Un día, dos héroes, dos reyes, llegaron a aquel manantial, atraídos, como todos los viajeros curiosos, por las dos palmeras que lo sombreaban; se reconocieron los dos reyes, se batieron allí y cayeron al suelo ambos heridos. El águila, cuando estaban agonizando, se cernió sobre ellos y les dijo socarronamente:—«Vosotros, que contradabais el mundo demasiado pequeño para satisfacer vuestra ambición, sois ahora una sombra. Príncipes, vuestros huesos, ayer fuertes y jóvenes, mañana no serán más que guijarros que se confundirán con las otras piedras del camino y nadie los reconocerá. ¡Insetos! ¿Porqué os habéis batido en sanguiento duelo? Yo, que soy águila, viví apaciblemente en esta soledad, con mi compañero, que es el león. Los dos he-

*
**

bemos en la misma fuente, los dos somos reyes de estos mismos territorios; él impera en las selvas, en las montañas y en las llanuras, y yo impero en el espacio.»

Octubre de 1843.

VII

LA ESTATUA

Cuando el imperio romano se hundió en los abismos de la desesperación—porque Roma, el abismo donde zozobó Cartago, esperaba que tú la siguieras,—cuando, perdida su épica grandeza, agonizaba el degradado mundo antiguo, después de apurar todos los Césares y todas las aberraciones;

*
**

Cuando expiró, vacío y rico como Tiro, con un montón de esclavos para los que era honroso que sus señores les pusiesen los pies en las nuca; cuando expiró ese mundo, ebrio de vino, de sangre y de oro, después de haber convertido sus estrellas en antorchas y sus gigantes en pigmeos;

*
**

Dió lugar a un horrible espectáculo, que hizo huir de él a los hombres. Pensaba lleno de zozobra en esa catástrofe el pálido cenobita encerrado en su cueva, y durante trescientos años se oyó a través de las tinieblas sobre ese mundo condenado y caído sordo fragor de truenos.

La Lujuria, la Pereza, la Envidia, la Gula, el Orgullo, la Avaricia y la Cólera, sobre el hundido mundo romano se cernieron, acosándole con su algarabía, y agitando espadas monstruosas que los siete arcángeles del averno hacían llamear en las nubes.

*
**

Juvenal, que describió la enorme caída en el abismo universal, es su estatua ahora, estatua de sal que permanece sola debajo de la sombría cúpula; no crece ni un árbol a sus pies, no hay en torno suyo hierbas ni ramas, y en sus miradas siniestras se leen estas horribles palabras:—«Por haber contemplado a Sodoma.»

Febrero de 1843.

VIII

¿Sabéis qué libro leo preferentemente?—¿El poema eterno de la Biblia?—No; el poema de la tierra. Platón, todas las mañanas, al nacer de la aurora, leía versos de Homero, y yo leo las flores, que son obra de Dios. Silabeo los matorrales, las briznas de hierbas, los manantiales, y no tengo necesidad de llevar a mis paseos el libro debajo del brazo, porque lo tengo a mis pies. Reviso los senderos no hollados, estudio a fondo el texto, y me inclino hacia la tierra para descifrar la corola y la rama. En esta posición me hallaba, disponiéndome

dome a leer la página florida de un campo, cuando fui interrumpido en este agradable estudio. Fué mi interlocutor un vencejo negro que tenía el vientre blanco, y me habló de este modo:— «Pobre hombre que vacilas entre la sombría duda y la fe salvadora, aprueba tu conducta, es prudente leer en ese libro; léele siempre, agitado pensador, que la claridad de los campos te iluminará. Es muy conveniente hojear el libro de la naturaleza, porque la tierra, cántico en que nos abismamos, tiene por versos los bosques y por estrofas los montes. Lee a la naturaleza y medita. Todo en ella son resplandores, hasta la noche, y todo lo que trabaja, ama o destruye tiene sus reflejos. Estudia la obra de Dios. Comprender es amar. Las llanuras en donde brota la hierba, las aguas, los prados, son otras tantas frases en las que el sabio ve brillar sentidos que él sorprende al paso. Camina hacia lo verdadero. Lo real es lo justo, y ver la verdad es hallar la virtud. Leer bien el universo, es leer bien la vida. El mundo es la obra en la que nada es falaz ni extravía y cuyas palabras son sagradas. El hombre injusto es el que ve claramente en ellas. La creación entera, con sus seres, con sus objetos, con sus relaciones, con sus elementos y con sus causas, todo ese conjunto poco claro, toda esa vegetación, representa esta cifra enorme: *Dios*. Lo eterno está escrito en lo efímero; toda la inmensidad obscura, azul o estrellada, atraviesa la humilde flor que el pensador contempla. Se ven los campos, pero nos deslumbra Dios. El lirio, que tú comprendes, lo mismo que las rosas que tú lees, se abren en tu alma. Las castas flores son consejos que Dios ha sembrado en tu camino, y debe cogerte,

las, no la mano, sino el alma. Porque lo haces así, brilla el alba en tu frente opaca y llegas a ser bueno, justo y sabio y en edad avanzada adquieres de nuevo el candor sublime de la cuna. Yo le respondí:— «¡Ay! vencejo, te engañas; mi carne es débil y a cada instante sucumbe; mi alma sólo será blanca cuando se haya librado de mi cuerpo, porque el hombre siempre es malo y ciego.»—Así le dije y continué leyendo la naturaleza.

Julio de 1833.

IX

Niña seductora, destilan gracia tus diez y siete años; tus miradas dicen: Aurora, y tu faz añade: Primavera. Parece que llevas en la mano invisible azucena. Don Juan exclama al verte pasar: ¡Imposible! ¡Dios colme de dicha tu hermosura! La naturaleza se exalta contemplándote; parece que dejes una estela luminosa al pasar por entre los árboles; la abeja desea posar en tus floridas mejillas sus alas de crespón; la mariposa revolotea en torno de tus ojos, como si volase alrededor de dos llamas. Tu hálito es un incienso que sube al cielo. Lesbos y los marinos de Hydra, si te vieses sin velos, te tomarían por la Aurora. Los seres que viven en la esfera azul fruncen el entrecejo cuando el espectro sombrío del hombre se atreve a aproximarse a ti buscando tu amor, porque eres la prometida de la luz celeste. Sé siempre bella. Un ángel baja a besar tus pies cuando los ves desnudos, y la vista de un ángel da candidez y delicia a tu sonrisa.

Febrero de 1843.

X

AMOR

El amor es un misterio, dice Platón; el amor es una ley, dice Jesucristo. ¿Sabemos qué ligámenes nos unen al firmamento? ¿Sabemos qué es lo que las manos de Dios siembran en el universo? ¿Por qué se han de amar dos seres? preguntádselo al agua que corre, al aire que huye, a la mariposa que vuela, a la llama de noche, al rayo de sol que quiere besar los racimos maduros; preguntádselo a todo lo que canta, murmura y aguarda, que el corazón atónito exclama:—«¿Sé yo acaso por qué? Pasó por mi lado una mujer y me hizo perder el juicio; no sé nada más. Sus cabellos eran rubios y sus ojos negros; la vi alegre y a la luz del mediodía caminaba con aire seductor, y altivamente se reía; no sé nada más; era en la primavera, y se abrían las flores; únicamente sé que la amo.»—Bodín, Vouglans, Delancre, preguntad el secreto de ese dulce maleficio a los vientos, a la primavera, al filtro que unos ojos beben en otros ojos, a la sonrisa que enloquece, a la voz que arrulla, a esa maga que se llama mujer; preguntádselo a los traidores senderos que en los bosques hacen dar muchas veces los mismos pasos; a la rama verde del mes de mayo, a esa Armida, que está siempre en acecho y hace que de vueltas en vuestro derredor su varita mágica; preguntádselo a la vida, a la naturaleza, al cielo, al encanto misterioso que nos cautiva los campos y los prados, a los manantiales, cuyos sollozos oímos, al suspiro eterno de los bosques y de las olas.

Sumariad a las margaritas, que dejan que los bordones de los peregrinos rocen sus gorgueras; probad que dos amantes, al hacer ofrenda de sus almas a las flores, a los bosques y a los lagos, y al celebrar un pacto con la luna, con la ilusión y con la esperanza, cantando himnos jamás oídos y paseándose los dos por la campiña, enamorándose los dos, no son ya los mismos que antes; probad que se han metamorfoseado, probad que estamos aún en los mismos tiempos en que La Tournelle, cuando la magia era declarada impía y criminal, hacía encender una hoguera obedeciendo órdenes de la corte; probad que el último brujo que se quema en ella es el Amor.

Julio de 1843.

XI

?

Un mundo estéril, inclemente, avaro, donde los hombres, pensativos, trabajan tristemente; que da, ingrato, un poco de pan a cambio de tantos trabajos y penas; donde hombres vigorosos cultivan la tierra, que apenas les da en pago una miserable espiga; ciudades tristes, de las que huyeron para siempre las tres venerables hermanas, la caridad, la paz y la fe, el orgullo ofuscando a los poderosos y a los miserables, y la ira y el odio en el corazón de todos ellos; la muerte, espectro ciego, descartando sus golpes misteriosos sobre los mejores; brumas espesas ocultando todas las cumbres; vendidas la justicia y el pudor; desbordadas todas las pasiones y engendrando todos los males; bosques abrigando lobos; aquí el desier-

to tórrido, allá los fríos polares; océanos conmovidos por repentinas cóleras, llenos de buques que naufragan en las tempestades; continentes ensordecidos por el ruido y envueltos por el humo de la guerra, en los que se incendia alguna ciudad, en los que se chocan sangrientamente los pueblos furiosos; ¡todo eso produce en el mundo quizás un astro en el cielo!...

Octubre de 1840.

XII

EXPLICACIÓN

La tierra es al sol lo que el hombre es al ángel; éste está formado de esplendores y aquella está amasada con barro. Toda estrella es sol y todo astro es paraíso. En torno de los globos puros están los mundos malditos; y en la obscuridad, el sol paraíso arrastra al infierno planeta. El ángel que habita en el astro es falible, y seducido, puede llegar a degenerar en el hombre habitante de la noche. He aquí lo que el viento me dijo en la montaña.

*
* *

Todo globo obscuro gime; toda tierra es una cárcel en la que, llorando la vida, hasta el día de despertarse, viene a anotarla el espíritu que cae del sol. Cuanto más lejano está el globo, más terrible es la cárcel. La muerte está allí, cerniendo las almas en una criba, juzgándolas, y testigo invisible de la vida, vuelve a llevar el ángel al astro o le arroja más lejos.

*
* *

¡Oh, globos, sin rayos de luz y casi sin auroras! ¡Inmenso Júpiter que azotan los meteoros! ¡Marte que parece de lejos la boca de un volcán! ¡Oh, nocturno Urano! ¡Oh, Saturno con argolla! ¡Castigos desconocidos, redenciones, duelos y misterios! ¡Lunas más apagadas que la tierra! Esos mundos sufren, están oscuros; ¿quién sabe lo que harán? Algunos momentos la obscuridad oye su grito profundo y ronco como se oye por la tarde el quejido de las cigarras. Mudos espectros, caminos pálidos, tirando de cadenas desiguales como un sueño que se desvanece. Vagamente enrojecidos con un reflejo durante la noche, implorando un Mesías aguardando a sus apóstoles, solos, separados, unos detrás de otros, tristes y desmelenados por soplos fieros, lanzando a la claridad miradas feroces, rodando en tenebrosas profundidades aquellos casi absorbidos en el infinito sin límites, dando vueltas en torno del paraíso y del sol, se ven pasar a los ojos todas sus facas sombrías.

Noviembre de 1840.

XIII

EL MOCHUELO

Un mochuelo estaba clavado en la puerta. La naturaleza, que da vida a las ramas verdes, que lo llena todo, da diversos grados de vitalidad al animal salvaje y a la bestia de carga, que

versa siempre con el espíritu del hombre, le presenta siempre los animales para que los descifre, porque éstos son los signos de su alfabeto formidable y profundo y sombrío, teniendo por palabras el pájaro, el gusano y el insecto, le habla en dos lenguas; la una es admirable y correcta, la otra oscura y tartamuda. El elefante, el león, el águila, el oso, el toro, el caballo y el tigre usan de la lengua altiva y espléndida; y el murciélago, el sapo, el gato montés, el cangrejo, el buho y el cerdo usan el dialecto. Estaba yo pensativo, delectando ese esqueleto del mochuelo y procurando adivinar lo que entre los tres clavos de los que colgaba su espectro decía a los vivos y a los que sufren aquella diforme silueta.

*
* *

Su alma llegó al mundo, que sombreaba incierto crepúsculo, y penetró en el obscuro misterio que el hombre llama su destino; a la mentira, al sinnúmero de delitos que se agitan en las siniestras profundidades de la tierra, combatió con empeñadas luchas, y al pasar por el mundo, sus pupilas parecían dos claridades eternas que recorrían la noche de la existencia humana.

*
* *

Su alma recorría las tinieblas, persiguiendo, aplastando y devorando a los vicios, esos topes fúnebres; a los crimenes, esas mariposas nocturnas; arrancando de sus madrigueras al odio y al orgullo, al fraude imperante, al áspid de la envidia y a los gusanos y a las víboras, que la noche oculta entre las piedras, y el mal en el corazón humano.

*
* *

Ella buscaba a los infeas; a Achal, a Nemrod, a Mathan, que en su templo y bajo sus alas cobijan al falso dios Satán; a los vendedores ocultos en los pórticos; a los incendiarios encendiendo sus teas en el mismo fuego del incensario; y cuando los hubo encontrado, toda la siniestra pollada se erizó sobre el negro altar.

*
* *

Decía lo siguiente: —«Sobre su frente se extiende la bruma más cada momento y le cae sobre el pecho la cabeza moribunda; de sus ojos fluyen sus pensamientos y el aire glacial hace azulear sus pies clavados y sus manos agujereadas; está bañado de sangre y crucificado el que sólo hizo el bien, como yo, que practicaba el mal.»

*
* *

Una luminosa aureola circundaba su rostro; la obscuridad dice a los vientos: —«Soplemos y apaguemos esa llama», y los aquilones y las tinieblas y la lluvia y el horror, frías bocas, soplaron produciendo el horrible fragor de la tempestad; pero la claridad cada momento